

Sin duda, mejor hubiera sido este lugar á propósito para agitar algunas de las altas cuestiones de lengua, de estilo, de versificación, y particularmente de ritmo, que una colección de poesía lírica francesa puede y debe levantar. Pero raro es que semejantes disertaciones no se parezcan más ó menos á apologías. Por lo tanto, el autor se abstendrá aquí, reservándose exponer en otra ocasión las ideas que ha podido recoger sobre estas materias, y, perdónesele la presunción de estas palabras, de decir lo que él cree que le ha enseñado el arte. Entretanto, llama sobre estas cuestiones la atención de todos los críticos que entienden algo en el movimiento progresivo del pensamiento humano, que no enclaustran el arte en las poéticas y en las reglas, y que no concentran toda la poesía de una nación en un género, en una escuela, en un siglo herméticamente cerrado.

Por lo demás, tales ideas, de día en día son mejor comprendidas. Es admirable ver los pasos de gigante que el arte hace y hace hacer. Una escuela fuerte se levanta; crece en la sombra, para ella, una generación fuerte. Todos los principios que ha implantado esta época, así para el mundo de las inteligencias como para el mundo de los negocios, traen ya rápidamente sus consecuencias. Esperemos que un día pueda el siglo XIX, político y literario, ser resumido en una palabra: la libertad en el orden, la libertad en el arte.

Agosto, 1828.

ODAS

Genoveso Salinas.

Genoveso Salinas.

LIBRO PRIMERO

1818-1822

Vox clamabat in deserto.

ODA PRIMERA

EL POETA

EN LAS REVOLUCIONES

¡Morir sin mi carcaj haber vaciado!
Sin partirlos, pisarlos,
sin amasar dentro su mismo fango
á estos verdugos que emborronan leyes.

ANDRÉS CHÉNIER.—Yambos.

«Caída de la rama que verdea,
del campo aleja el viento á la bellota;
siendo encina, en las sierras le golpea;
hecha esquife, en el mar, duro la azota.
Así, joven, los hados nos oprimen.
Nuestro remordimiento á nuestro crimen,
á los propios dolores nuestro llanto,
víctimas y culpables reservemos.
Con los males del mundo, no aumentemos,
en loca embriaguez, nuestro quebranto.»

¿Qué? ¿Son tal vez mis cantos temerarios?
¿Se debe, en días de temor y dolo,
al grito del hermano faccionario

sordo ser, y por si sufrir tan sólo?
 No.—Voluntariamente en este suelo
 desterrado, el poeta es el consuelo
 del triste humano á quien el yugo aherroja;
 y doquiera haya un pueblo que suspira,
 cual nuevo Orfeo, armado de su lira,
 del infierno á los senos él se arroja.

«En medio de sus penas eternas,
 los muertos hechizó Orfeo un momento;
 tú, sobre las cabezas criminales,
 cantas el himno del remordimiento.
 ¡Insensato! ¿Qué orgullo te ha impelido?
 Sin haber de antemano combatido,
 ¿con qué derecho vienes á la arena
 á juzgar? Abandona tu jactancia,
 y antes que creas en la virtud, deja
 que tu inocencia sea algo más vieja,
 censor salido apenas de la infancia!»

Cuando el crimen, Pitón lívido irguióse;
 y freno de la ley hizose osado;
 en Euménide la Musa convirtióse
 y cogió Apolo su carcaj dorado.
 Yo cedo al Dios que me conforta y guía;
 no sé á mi vida, pura todavía,
 cuántos males querrá ligar la suerte;
 yo, sin orgullo, soy mi estrella sola;
 la tempestad la débil vela asola
 y ésta al nauclero salva de la muerte.

«Marchan los hombres á los precipicios,
 sin que los puedas redimir cantando.
 ¿Por qué, lejos de cielos más propicios,
 vas con ellos tus pasos desviando?
 ¿Con tus escasos años, te propones

de su curso romper los eslabones
 sin quebrantar destinos superiores?
 Joven, procura ahorrar tu fugaz vida:
 ¿no hay una madre para tí querida?
 ¿No tienes, oh poeta, unos amores?»

Al fuego terrenal que me enardece,
 si muero, el cielo se abrirá á mi llama.
 El casto amor las almas engrandece
 y bien sabe morir el que bien ama.
 El poeta, en las épocas del crimen,
 fiel á los justos que oprimidos gimen,
 de los héroes imita la nobleza
 cuyo martirio envidioso admira:
 tiene para las víctimas su lira,
 y para los verdugos su cabeza.

«Dicen que en otros tiempos el poeta,
 mientras días lejanos invocaba,
 á la tierra, por ellos siempre inquieta,
 sus futuros destinos revelaba.
 Mas tú, ¿qué es lo que puedes para el mundo?
 Tú compartes con él su error profundo.
 Para el castigo el cielo se encapota,
 á su profeta toda lira niega,
 y son, para la musa muda y ciega,
 los días venideros cosa ignota.»

El mortal animado por Dios mismo,
 marcha hacia el porvenir lleno de ardores;
 sólo cuando se lanza hacia el abismo
 ve su profundidad y sus horrores.
 Él se apresta tranquilo al sacrificio;
 él sabe con certeza que del vicio
 expía el inocente el goce falso;
 profeta al ir á abandonar la tierra,

su santuario es la cárcel que le encierra;
su trípode, las tablas del cadalso.

«¡De los Cosroes y Abbas, bien pudieras
haber nacido en la tranquila orilla;
de los mirtos y el áloe en las riberas
donde el sol en un cielo puro brilla!
Allí, sordo á los males que deploras,
el poeta contempla sus auroras
levantarse sin mancha y sin dolores;
y palomos de nítidos plumajes
á las vírgenes llevan sus mensajes
do el dulce amor platica con las flores.»

¡Que á un celestial martirio que yo admiro
otro un reposo sin honor prefiera!
La gloria es el objeto á que yo aspiro,
y la dicha no va por su carrera.
El alción, cuanto más el mar se irrite,
más teme al viento que la ola agite
donde su canto y dulce sueño mece;
¡el águila, hija audaz de las tormentas,
sólo á través de nubes cenicientas
su vuelo emprende á donde el sol clarece!

Mayo, 1821.

ODA SEGUNDA

LA VENDÉE

Ave, Cæsar, morituri te salutant.

I

«Al colocar una urna cineraria,
¿quién de nosotros no encontró un amigo
llorando amargamente ante un sepulcro?...
¿Quién de nosotros de la tumba fría
de un hermano querido ó de una esposa
al rededor, no ha presidido el duelo?»
¡Lloraba así sobre el dolor de Francia
desconsolada la sagrada Musa
que el cielo abierto nos mostró, sublime,
en esos cantos do anunció, extendiéndolos
por encima de Roma y de Palmira,
la inefable dulzura del martirio
y el bienestar humilde del desierto!

Recordando después á los tiranos
todos, todos sus crímenes, les dice,
su corazón sin arrepentimiento
entregando al dolor de la conciencia:
«¡Si víctimas entonces tuvo Francia,
sus mártires sin fin la Vendée tuvo!»
—Deplorable Vendée, ¿ya se ha secado
tu llanto? ¿De tus armas en el centro
de nuestros paladines vas al frente?
Si el honor y la fe no son fantasmas,

Genève, S. P. 1821.

muéstrame qué palacios sustituyen
la choza vil de tus señores místicos.

¡Recuerdas, ay, de tu miseria el tiempo!
Tus devastados campos se bañaban
en mar sangriento. El pie de tus corceles
hollaba, en vez de polvo; la ceniza
de tus propias ciudades. Los que nunca
con la espada en la mano te vencieron,
asemejaban, en su rabia equívoca,
implorar el apoyo del infierno;
y, cual torrentes de humo, por el llano,
por el vasto brasero perseguidos,
sólo ante él huían tus ejércitos.

II

Fué cuando en su desierta playa, el Loire
los vengadores en los reyes nuestros
vió reunirse, porque no lloraba
aquel pueblo orgulloso de sus nobles
más que sobre la cruz ó sobre el trono.
Eran algunos viejos fugitivos
de su hogar hecho brasas, niños eran,
hombres seguidos de un puñado de héroes;
su patria, desterrada entre ellos iba,
pues poblada su tierra abandonaban
de cadáveres sólo y de verdugos.

Diz que, en aquel momento, un viejo cura
en divino delirio, en medio de ellos
apareció, tranquilo como un santo,
cargado de años, que habla del martirio
á los ángeles nobles del combate;
proclamando funestas predicciones

iba, en su helado corazón, de antiguos
y ya pasados años, despertando
el obscuro recuerdo; asemejaba
relatando la suerte que podían
esperar todos ellos, escucharse
en sus discursos del pasado llenos
la profética voz de lo futuro.

III

«Del agua del Jordán en la otra orilla,
Dios prometió, después de cuarenta años,
de Israel á los hijos, una tierra.
Más allá de sus ondas, tras algunas
jornadas más, Dios os promete el cielo.
Jamás estas riberas mirar deben
vuestra errante falange. Dios, en clima
devorador, os tiene preparada
una lejana tumba. Vuestro astro
debe apagarse, apenas en su aurora;
mas Sansón todavía, moribundo,
pudo arruinar el templo filisteo!

»Vuestros guerreros morirán. Mas siempre,
si castigar no pueden, invencibles,
se vengarán; pues han de ver aún ellos
huir aquel ejército famoso
frente del cual el extranjero huía.
¡No vais á perecer bajo de intrépidos
brazos todos vosotros; que los unos,
en homicidas buques, arrojados
tenéis que ser á las movientes olas;
pasearán sus muertos insepultos
otros, y esconderán bajo la tierra
sus muertos, por librarlos de los vivos!

»Y vos, caudillo joven, exaltado
 por la victoria en los peligros fieros
 de Saumur, de Mortagne en los azares,
 el honor de que os hieran en la lucha,
 —lucha sin igualdad, lucha sin gloria,—
 célebre hará por siempre un nombre obscuro.
 A muy pocos hermanos será dado
 volver á ver, después de tantas guerras,
 el sitio do estuvieran sus hogares;
 entonces, adornando sus moradas
 con sus armas ociosas, inactivas,
 cada uno esperará que el Dios del cielo
 dé las flores de lis, que á los laureles
 prefiere él, á las riberas nuestras.

»¡Oh Vendée! ¡Oh noble tierra! ¡Oh patria mía!
 ¡Vas á pagar muy caro de tus reyes
 el ansiado regreso! ¡Antes que crezca
 la flor querida en las riberas tuyas,
 por dos veces tu sangre ha de regarla;
 pero también, cuando reunida Europa
 un día haya cortado los retoños
 del árbol de la odiada tiranía,
 todo monarca alabará sus tierras,
 su inmensa flota; pero solamente
 pesará en la balanza el rey cristiano,
 del antiguo Bretón el gladio humilde!

»¡Gran Dios! Si acaso, tras de aquellos días
 de embriaguez, el corazón hiriendo
 del olvidado héroe, á su desastre
 una voz insultante le ofreciera
 de su vil compasión el don ingrato;
 si su madre y su viuda, y su hija, un día,
 por el hambre acosadas, detuviéranse
 ante el umbral de indigno favorito,

recordando á aquel hombre á quien imploran
 un mísero favor, que ya no tienen
 aquel hijo, el esposo ó padre suyo
 que creyeran un día á todas ellas
 su sangre generosa haber legado;

»si el ciudadano fiel, abandonado,
 pobre, cuando un traidor enriquecido
 se ría de su fe, su celo oyese
 en el Senado calumniar por quienes
 de su rey en los jueces se erigieron;
 si un magistrado injusto, para colmo
 de afrentas, disfrazando bajo un nombre
 santo y augusto el insolente abuso
 de su poder, llegara, su cabeza
 de sospechas inicuas acusando,
 á pedir para él aquel cuchillo
 que constituye su primer conquista
 y que es tal vez su última esperanza;

»¡que se resigne entonces! De sus crímenes
 á merced, en aumento cada día,
 al inocente que en silencio sufre
 el impío dichoso insultar puede;
 mas recuerden también todos los justos
 los crímenes que hicieron nuestros padres
 y en su muriente Dios piensen á un tiempo.
 ¡El Señor quiere á veces que del vicio
 el triunfo sea; quiere en su justicia
 que derrame su llanto el inocente;
 en sus designios, Dios, muy á menudo
 sigue vías extrañas, y así entrega
 á Satán á los goces infernales
 y á sus santos dolores á María!»

IV

Detúvose el anciano. Despidiéronse,
para no volver más, de aquellas playas,
sin que nadie creyera en su lenguaje,
y todos enturbiado supusieron,
de la edad por las sombras, al espíritu
que el porvenir veía. Así, en soldados
muy débil, pero fuerte en nombradía,
aquel despojo de un ilustre ejército
seguía su bandera desgarrada;
¡así aquellos, los últimos franceses
á quienes nadie dominó, alejándose
de su enlutado templo y de las frías
cenizas de su hogar carbonizado,
iban á la conquista de sus tumbas!

1819.

ODA TERCERA

LAS VÍRGENES DE VERDÚN

El cura llevará la estola blanca y negra,
al par que por vosotras los cirios santos arderán,
y con sus cabelleras cubriéndose las frentes de marfil,
las doncellas llorarán.

A. GUIRAUD.

I

¿Por qué me presentáis, tenues espectros,
mi lira? ¿Qué queréis? ¿Esa sonrisa,
fantásticas beldades, vuestro enojo
me anuncia? ¿En vuestras bandas que deslumbran
ese cendal de largos pliegues, cómo
flota amenazador? ¿A qué insultantes
sobre vuestros adornos las cadenas,
y por qué en sangre tintas esas rosas?

Retiraos; volved á los sombríos
abismos... ¡Ah! ¿Qué me mostráis?... ¿De quiénes
esas tres tumbas son? Ese espantoso
carro, ¿cuál es, de víctimas repleto?
¿Quiénes son esos hombres sanguinarios
cubiertos con impúdicos jirones?
Oigo cantos de muerte; escucho gritos
de fiesta. ¡El carro que ante mí se para
de mi vista apartad!... Ante mis ojos

turbados, lentamente un hierro cae;
veo correr la sangre... Hablad; ¿no es cierto
que sobre mi cabeza ha rebotado?

¿Venís á despertar dentro mi alma
remordimientos? Yo no soy culpable
de esta sangre; huid, vírgenes, huid...
¡Oh familia infeliz!, mientras vosotras
no existíais aún, yo no existía.
¿Qué exigís, pues, de mí? Vuestras miserias
yo lloré; ¿debo acaso de mis padres
los crímenes purgar? ¿Por qué el reposo
me venís á turbar? ¿Por qué á mis manos,
estremecida, me traéis la lira?
¿A mi inocente voz cantos pedisle
y compasión á los verdugos vuestros?

II

Entre muros rodeados de cohortes
sangrientas, mora el tribunal sombrío.
Se alza el acusador, y temblorosos
mueve sus labios infernal sonrisa.
Es Tainville; vedle, en nombre de la patria,
al crimen invitando á la horda hedionda
de asesinos en jueces convertidos;
el deseo de sangre le tortura
y su voz homicida, á la humeante
hacha designa las diarias víctimas.

Él habla;—sus lictores al recinto
fatal arrastran á los infelices
que su furor señala; con estrépito
se abren las puertas, y entre los soldados,
con el pudor y gracia por adornos

y rodeadas de sus compañeras,
aparecen tres vírgenes. La gente
á su silencio se estremece muda
y de su mal doliéndose, lo hace
de la esclavitud suya, mientras fija
en la inocencia sus miradas hoscas
hartas del crimen, que turbó su llanto.

Quando aquellas beldades, acusadas
cobardemente, se iban acercando
á sus jueces de muerte, aquellos muros,
¡cómo, bajo sus bóvedas quebrándose,
no mandaron por siempre á los infiernos
á aquella turba de feroces monstruos!
Nuestros bravos soldados, entretanto,
¿qué hacían? El sócorro de su espada
prestando estaban á la vil cuchilla,
su valor engañando; á los verdugos
que empañaban el brillo de sus glorias
de batallas sin fin, ellos salvaban.
¡Ay! Aquel mismo día,—un día mismo,
día á la vez de gloria y de vergüenza,—
subió Moreau en su carro victorioso
y su padre en el carro de los muertos.

Quando nuestros caudillos, rodeados
de extranjeros ejércitos, cubriendo
nuestros cipreses de laureles verdes,
hacia París volvían poco á poco
sus queridas banderas, Federico
á Verdún dirigía sus guerreros.
Verdún, primera muralla de la Francia
oprimida, creyó dar su saludo
á una hueste real. Horribles leyes
amenazaban por doquier; en vano.
Verdún vistióse su festivo traje,

y de sus hierros libre, en su alegría,
fué á ofrecer su conquista á aquel monarca
que en vengador alzóse de los reyes.

¡Oh vírgenes! Entonces vuestras manos
(y éste fué vuestro crimen) con guirnaldas
al vencedor cubrieron jubilosas.

Ahora así, semejantes á las víctimas,
las inocentes flores ¡ay! esconden
el hacha vil bajo sus puros cálices.

¡Mas, ay, no es esto todo! Cuando nuestros
desterrados, la muerte desafiando
con fe, á nuestros tiranos combatían
cuando eran todavía poco fuertes,
vuestro corazón joven condolióse
de tan nobles miserias; vuestro oro
socorrió á unos hermanos indigentes
que jamás fueron nuestros enemigos.

¡Cómo, pues, este rasgo glorioso
que descubre de su alma la hermosura
puede ser la sentencia de su muerte!
Mas no, el acusador, al que su aspecto
más enardece aún, en un transporte
vergonzoso estremécese. Él, oh vírgenes,
arrebataros del suplicio quiere
al precio de un terrible sacrificio;
por el temor anonadado juzga
vuestro corazón noble. ¡Mancillaos
con un crimen horrendo; tomad parte
en el justo desprecio que le cubre
y el infame areópago, con ello,
podrá absolver así vuestras virtudes!

¿Quién de tan noble orgullo armó, decidme,
tímidas vírgenes, esos ojos dulces?

¿Quién puso en vuestras húmedas miradas
el generoso llanto del enojo?
Lo dice vuestra fe; si no os hubiese
el opresor feroz que así os insulta
brindado la vergüenza al ofrecer
su vil bondad, no hubierais, no, querido,
—culpables ante leyes inhumanas
de compasión á los franceses fieles,—
desmentir unos crímenes tan nobles.

Todo terminó, pues; ya en este lúgubre
recinto ha resonado la sentencia
que ha dictado el furor. En un murmullo
por el temor ahogado, exhala el pueblo
que la escuchó, todo su horror oculto.
¡Oh vírgenes! Volved algunas horas
del calabozo á la morada fúnebre...
¡Ah! Rogad sin espanto, vuestras almas
libres están de los remordimientos.
Cortaos esas largas cabelleras
donde una mano maternal prendía
cándidas flores, sin que reparase
que, mezclada con ellas, se ocultaba
la roja adormidera de la muerte.

Esas flores, de nuevo, muy temprano,
vuestra cabeza adornarán. Los ángeles
ese símbolo os han de devolver;
vuestro himno de muerte será el himno
de fiesta que las vírgenes del cielo
repetirán en sus fervientes cánticos.
Encontraréis muy cerca de vosotras
dentro de aquellos inocentes coros
á Carlota, Judith que de antemano
os vengó ya, Cazotte, Elisabeth,
la tan inútilmente desgraciada,

y á Sombreuil, á quien descubren siempre
sus palidecimientos repentinos,
la fría, helada sangre de los muertos
dentro sus venas circulando; mártires
cuyo incienso al divino mártir place.

III

Aquí, errantes, brillando ante mis ojos,
fluctuaban sombríos resplandores,
visiones que turbaban mis sentidos
espantados; meciéndose en la sombra,
encima de mi frente, los espectros
balanceaban sus sangrientas gasas.
El carro, los patíbulos, las tumbas
surgieron ante mí, de las tinieblas;
todo de nuevo entró dentro la noche
de los siglos revueltos; mas las vírgenes
huído habían hacia la naciente
y sonrosada aurora, y yo de nuevo
volví á encontrarme solo... ¡Y aún lloraba
cuando mi lira había enmudecido!

Octubre, 1818.

ODA CUARTA

QUIBERÓN

Pudor inde et miseratio

TÁCITO.

I

Por sus propios furoros se descubre
el maldecido, en el proscripto ángel
se descubre el demonio vencedor;
el anatema eterno, que persigue
su estrella, hasta en sus éxitos va escrito.
Días hay en que Dios, cuando olvidamos
el camino del cielo nos envía;
—sin duda para que de los infiernos
el recuerdo se avive en la memoria,—
jornadas de aflicción, días luctuosos
que, del crimen al triunfo consagrados,
cual rayos escapados del abismo,
terribles aparecen sobre el mundo.

Poetas de este tiempo en que vivimos,
apartados, constantes trovadores
de los llantos sin fin y las desgracias
merecidas, en busca de atentados
vais, que la voz humana no haya nunca
referido: si llega hasta vosotros
alguno que á la joven Francia ensalce,
nuestra riqueza, nuestra tolerancia

0170079

y estos tiempos cantando por fecundos
 en obras meritorias, alegraos;
 todas vuestras historias más recientes
 leed, luego evocad vuestras virtudes,
 interrogad, por fin, á vuestras glorias;
 á discreción podréis elegir crímenes.

Nunca me concedió la Musa fúnebre
 vuestra lira de bronce, ¡oh cantadores
 de los remordimientos! Mas quisiera
 pisotear á los célebres verdugos
 y de los muertos vindicar la causa.
 ¡Un momento quisiera, perturbando
 al Genio impuro, detener su gloria
 que á la inmortalidad se eleva impune;
 como el griego que, solo, en otros tiempos
 del viento dominando los impulsos,
 intrépido, con brazos y con dientes,
 el esquiife aguantó que zozobraba!

II

Quiberón, en su orilla, en otro tiempo
 vió las huestes francesas asaltadas
 á la muerte aprestándose serenas;
 más tarde contempló como, humeante,
 el bronce enmudeció y ante los jefes
 las desarmadas filas deshiciéronse.
 Para salvar la vida á sus guerreros
 su cabeza uno de ellos brindó al otro;
 el último aceptóle esta conquista
 —garantía inhumana de su pacto,—
 y no creyó ningún soldado frívola
 su promesa, porque ante las banderas
 —testigos inmutables del tratado,—
 ambos á dos las manos estrecháronse.

La hueste fiel rindió entonces sus armas.
 Andaban rodeados de un ejército
 y el pueblo les seguía enternecido
 al mirarles salvados de la muerte.
 Cual vencidos, pisaban las campiñas
 de sus antepasados; un antiguo
 templo, sin sacerdotes, cobijaba
 de los reyes á aquellos vengadores;
 una vez dentro aquella santa cárcel
 buscaron con los ojos el consuelo
 de una cruz, de una imagen..., pero en vano;
 ¡faltaba ya el altar á aquel recinto!

Todos rezaron juntos; golpeándose
 en el pecho, gemían de rodillas
 con plañidera voz. Tan sólo uno
 no lloraba en la tribu prisionera;
 él era el que por todos se inmolaba,
 era Sombreuil, su jefe. Joven, lleno
 de esperanza, saluda fervoroso
 el cercano momento de su tránsito.
 Rodeado de aprestos funerales,
 el suplicio, bello es para el creyente
 que, semejante al Salvador, dirígese
 para sus semejantes al martirio.

«¡Oh! ¡Cesad, les decía, esos reproches
 y enjugad esas lágrimas, soldados,
 si excusa tantas penas vuestra vida!
 ¡Vuestros deudos, si hubieseis perecido,
 vuestros amigos, cuántas, cuántas lágrimas
 hubieran derramado! A un mismo tiempo
 que rompo vuestros hierros, también rompo
 mis cadenas efímeras y fútiles.
 Conservad vuestra vida inestimable
 para vuestras esposas y los hijos;